

El oficio del médico va mucho más allá de un diagnóstico certero y una prescripción precisa. Comprende un mundo de emociones encontradas: alegrías, miedos, desencantos y frustraciones, que se viven en silencio, sin ser participadas al entorno. En esta perspectiva, quiero contar la historia de una pequeña paciente que muestra en toda su dignidad el sentido humanitario de nuestra noble profesión.

La conocí cuando se empinaba apenas en sus cinco años. Se llamaba Camila y comenzaba a presentar los devoradores síntomas del ataque del lobo más siniestro del bosque de la vida: el **Lupus eritematoso sistémico**. Vivió todos los dolorosos episodios de esta afección, que no le dio tregua, en sus luminosos años de alegre inconsciencia. Mientras esperaba un trasplante renal que pudiera alargar su camino, se rindió a sus quince años. Entre tubos, oraciones, monitores y plegarias partió, dejándonos un profundo dolor inexplicable.

Describiré, a manera de homenaje, algunos versos que guardarán su memoria en el santuario de nuestro mundo privado, que nos recuerda que somos intermediarios, un plan establecido desde la grandeza de lo alto.

Su vida era una eterna sonrisa

*Camina entre las nubes a los cinco años
con atuendos coloridos
sombrero de cintas
cartera y sombrilla.
Salía de las telas de Monet
entre las amapolas.
La vida la divertía y la llegada de la enfermedad
fue al inicio un juego más
que le imponía una vida distinta.
Regalaba su mejor ánimo, sus padres también.
Juntos aprendieron a guardar el dolor y a luchar
en un sendero desconocido con un enemigo invisible,
acechador constante de las sombras.
Pasó el tiempo,
comenzó a crecer preguntándose
la razón de su destino esclavizante.
Medicaciones dolorosas, controles insistentes, internaciones.
Su sonrisa de niña se volvió rebeldía adolescente,
cuestionamientos, reproches, lamentos sordos,
los primeros atisbos de la desesperanza.
Todo se le brindó, para sacarla de la vorágine envolvente,
terapias de avanzada.
Su caso fue la discusión de un enorme contingente profesional
que se unió imbatible para buscar su sanación.
Recibió el apoyo social del trabajo paterno,
la necesaria ayuda psicológica.*

Camila: una historia real

*Su pueblo natal se involucró en acciones comunitarias.
Su luz admirable comenzaba a extinguirse,
ante la impotencia de nuestros ojos,
no quedaban palabras.
El silencio de la entrega se apoderó del momento.
Estaba en espera del aplacamiento del cuadro
para ser sometida a trasplante,
pero ella dijo ¡basta!,
sólo quiero descansar.
La mañana de su partida me regaló su adiós.
Me hizo creer que se sentía mucho mejor,
ya tenía 15 años.
Su mirada era tranquila,
No olvidaré esa mansedumbre.
Me retiré aliviado, porque la vi mejor.
Una voz de celular me comunicó horas después
que se había ido.
Hizo el mejor de los viajes,
seguramente se cruzó con Altazor
en su descenso de paracaídas,
e intercambió sonrisas con el Principito
tirado por su bandada de patos silvestres.
En el jardín de la inmortalidad
no tendrá que cuidarse del sol,
gozará la libertad que le quitamos,
y su sonrisa volverá hacia nosotros
como lluvia de azahares.*

Mi tristeza fue magnificada por la imposibilidad de asistir a su ciudad natal para su despedida terrena. Escribí unas líneas en su memoria, que llegaron a último momento a través de un fax a lejanas tierras. Un generoso interlocutor leyó mis palabras frente a su dormida quietud.

Pasó el tiempo y recibí la visita de sus padres y de su hermana pequeña. Ellos en Navidad me trajeron el mejor regalo en estas palabras:

Estimado doctor:

*Han pasado los días desde que nuestra niña se fue.
Hoy nos queda el recuerdo de un ángel
que habitó en nuestro hogar.
Hay un vacío muy grande,
difícil de llenar.
Tenemos el consuelo de que no había dolor
en su última mirada,
tampoco rencor,
como el que pudiera tener un enfermo
a un médico que no pudiera quitarle sus males.
Su última pregunta fue:
¿cómo me he portado?,
como sintiendo que fuera un delito el estar enferma,
o temiendo un regaño por su actitud de lucha.
Usted sabe que fue muy valiente,
todo lo que pedía, lo hacía por favor,
demandando calma a su dolor.
Nuestro consuelo es que logró la paz,
nos dejó aliviada en el sueño.
Nosotros queremos llegar hacia usted con un saludo de amistad
y un abrazo fraterno por lo que hizo.
Sabemos lo difícil que es su labor,
hay dificultades, a veces no están los recursos necesarios.
Puso todo lo que estaba a su alcance,
dio el amor hacia su prójimo.
Nosotros así lo sentimos.
No tenga impotencia por no haber podido hacer más por la niña.
Ella está en la eternidad.
Desde allí le está regalando la sonrisa que siempre le vio.
Ella intercederá ante Dios
para que bendiga su corazón bondadoso,
ya que, para usted, Camila
fue como una hija más.*

Familia Morales Acuña.

Después de 26 años de trabajo médico, no dejo de asombrarme del maravilloso misterio de la vida y del gran tesoro que se nos ha encomendado.

Lo único que aspiro, es ser digno de esta gran investidura.

Dr. Luis Lira Weldt.

Pediatra – Reumatólogo infantil, Enero 2004

